

IX

Hacia un frío vivísimo. El huracán de la víspera había barrido las nubes y helaba nuevamente. La luna llena iluminaba el cielo con reflejos azulados de acero pulido. El bosque, bajo aquella claridad, límpida como el agua de un manantial, se extendía hasta el horizonte con singular pureza de detalles. Sorprendidos en pleno deshielo, los árboles parecían seres petrificados durante las formidables sacudidas del huracán, tenían aristas agudísimas, oleadas de fango coagulado, rigideces de cadáveres helados por la muerte en las últimas convulsiones de la agonia. Las insignificantes ramas, las piedras blancas más pequeñas de los muros se destacaban con grandioso vigor, á manera de manchas de color en aquel vasto gris uniforme del horizonte.

El coche elegido por Guillermo era un cabriolé de dos asientos con capota de cuero que se subía y bajaba á voluntad. Lo había comprado para recorrer el campo con Magdalena. En estas excursiones no quería llevar cochero, prefiriendo guiar él mismo. En la estrecha banqueta del cochecillo no había sitio más que para él y para su mujer, así es que cuando hostigaba al caballo y oscilaba el coche, Guillermo, sentía el tibio calor de las piernas de Magdalena, mezcladas con las suyas. ¡Cuántas alegres excursiones habían dado en aquel vehículo cuyas violentas oscilaciones al echarles uno encima del otro, les divertía infinitamente! Aquella noche rodaba el cabriolé monótona-

mente en el silencio de los campos helados. Los esposos sólo oían el trote acompasado del caballo que con las herraduras producía un ruido metálico sobre la tierra endurecida.

Sobre la carretera, blanca por la escarcha, la luz de las linternas del carruaje cabrilleaba con resplandores amarillentos, precediéndolo, iluminando con brascas intermitencias los bordes del camino; y aquellos débiles rayos atravesando la claridad de la campiña, palidecían á la luz de la luna con destellos de bujías encendidas al atardecer.

Guillermo y Magdalena habían puesto sobre sus rodillas una gruesa manta de lana gris. El guiaba sin hablar; pero de vez en cuando dejaba escapar una exclamación que hacía enderezar las orejas del caballo. Magdalena estaba acurrucada y aparentaba dormir; envuelta en pieles y con las manos abrigadas, no sentía frío más que en la cara; por lo demás, el airecillo fresco y penetrante que le hería en los ojos y en los labios, le causaba placer. Aquel viento helado la tenía desvelada y refrescaba su abrasada frente. Seguía maquinalmente los resplandores de los faroles corriendo velozmente por la carretera. Su espíritu se perdía en un ensueño que tenía los bruscos saltos de aquellos resplandores. No acertaba á darse cuenta de lo que acababa de pasar. ¿Cómo había podido trastornarse de aquel modo?

Generalmente su voluntad era firme y su imaginación fría, y nunca la dominaban sus sentidos. Un solo minuto de reflexión hubiera, quizás, bastado para arreglarlo todo; y ella siempre razonable, se había vuelto loca en un instante. Indudablemente, la causa de su azoramiento debía ser Jacobo; pero ya no amaba á aquel hombre y no podía explicarse que su presencia le hubiese producido tan viva impresión en su espíritu, tan ardiente sensación en su carne. Buscaba la explicación de todo esto en hechos muy distintos, y se perdía en las aparentes contradicciones de su naturaleza. En el fondo de su ser sentía vagamente agitarse la verdad, pero retrocedía ante el carácter extraño de las sensaciones que experimentaba.

Al arrojarse en los brazos de Jacobo, la carne virgen de Magdalena había quedado marcada con la huella imperecedera del joven; aquel fué un matrimonio indestructible. La joven estaba entonces en el apogeo de su fuerza, en esa edad en que el organismo de la mujer madura y se fecunda al contacto del hombre. Su cuerpo vigoroso y su temperamento mesurado se acomodaron más fácilmente, porque era rico en sangre y estaba libre de humores. Se entregó tranquilamente, sin el menor recelo á esa trans-

misión carnal entre su amante y ella, hasta el punto de que su naturaleza fría contribuyó á que fuera más completa y duradera la posesión de todo su ser. Puede afirmarse que cuando Jacobo la estrechaba entre sus brazos la modelaba á su imagen, le daba sus músculos y sus huesos y la hacía suya para siempre. La casualidad le había arrojado en los brazos de aquel hombre, y esa misma casualidad la retenía en ellos, considerándose suya, por inconscientes leyes que obedecían á fatalidades fisiológicas. Cuando después de un año de este trabajo constante y secreto de la sangre y de los nervios el cirujano se ausentó, Magdalena estaba para siempre marcada y poseída hasta el punto de no ser dueña de su propia carne, y de poseer dentro de ella otro ser con viriles elementos que la completaban y aseguraban su fuerza. Esto obedecía á un fenómeno puramente físico.

Ahora los lazos del cariño estaban rotos, pero el de la carne seguía estrechamente anudado. Si su corazón no amaba ya á Jacobo, su cuerpo seguía siendo suyo. El sentimiento de ternura, de amor, había desaparecido, pero no por esto el efecto carnal de la posesión había perdido su fuerza; las huellas de los lazos que la habían convertido en mujer sobrevivían á su amor. Seguía siendo la esposa de Jacobo por más que sólo alimentara contra éste un odio sordo y violento. Ni las caricias de Guillermo, ni los cinco años en que había sido acariciada por éste, habían logrado borrar el ser que en su cuerpo había penetrado con la hora de su pubertad. Hallábase formada ya para siempre y los besos de una multitud hubiesen ensayado vanamente borrar los primeros besos que había recibido. Su marido no poseía en realidad más que su corazón, cuando Magdalena le ofrecía sus labios, no se daba, se prestaba únicamente.

Y de esto tenía Magdalena una prueba viviente é irrefutable. Su hija Lucía se parecía á Jacobo. Guillermo aun teniendo una hija de Magdalena, no podía tenerla á su imagen. Fecundada por él, el seno de la joven, daba á la niña los rasgos del hombre cuya marca conservaba. La paternidad parecía dar un salto por encima del marido para llegar al amante. Seguramente la sangre de Jacobo entraba por mucho en la fecundación de Magdalena; el primer padre era el que había hecho esposa á la virgen.

Conocía Magdalena su servidumbre el día que Guillermo le ofreció casarse con ella. No se sentía libre é instintivas repugnancias sublevaban su carne á la idea de nuevo matrimonio al cual no podía entregarse por completo. Una negativa rotunda estuvo en sus labios á pesar

suyo. ¿Pero acaso no amaba á Guillermo y vivía con él hacia un año? No quiso escuchar el grito de su conciencia, ni la rebelión de su sangre que le advertía que si bien le había sido permitido tener otro amante, le estaba prohibido anudar eternos lazos con otro hombre que no fuera Jacobo. Y por no haber obedecido á ese grito de su cuerpo esclavo ya, ahora lloraba lágrimas de sangre. Producíase en ella un fenómeno tan íntimo, tan profundo de extraña sugestión y de terror, del que no se daba cuenta todavía en sus rebeliones del espíritu, que la certeza de ser poseída para siempre por un hombre á quien no amaba, la volvía loca y momentos hubo en que estuvo tentada de arrojarse bajo las ruedas del coche, aterrada ante la idea de los sufrimientos que la esperaban, arrastrando miserablemente su cuerpo esclavo, sintiendo circular siempre en sus venas la sangre aborrecida de Jacobo, no pudiendo entregarse en brazos de su marido sin creer que se prostituía. Por otra parte, Magdalena ignoraba esas fatalidades de la carne que enlazan para toda una existencia á una virgen y á su primer amante, de un modo tan íntimo, tan avasallador, que no habiendo sabido romper aquel matrimonio bajo la casualidad en sus comienzos, tenía que aceptar para siempre al esposo de una hora, bajo pena de cometer un largo adulterio. Para tranquilizarse pensaba en los últimos cuatro años de constantes caricias, pero comprendía que Jacobo no se había separado de ella, durmiendo en el fondo de su pecho y habiendo bastado un segundo para despertarlo vivo y poderoso. En esto radicaba precisamente la causa del súbito atolondramiento de Magdalena, criatura calma y enérgica. Sólo Jacobo poseía fuerza bastante para torcer la rectitud de su corazón y de todos sus sentidos, porque le llevaba en sus entrañas, y el sonido de su voz y su recuerdo eran suficientes para ponerla fuera de sí. Al verle aparecer de nuevo ante ella, había perdido su serena reflexión, y la perdería seguramente tantas veces como le sintiera agitarse dentro de su ser. La intuición de que en adelante no podría vivir en paz, la aterraba; y ella que se complacía en la frialdad de su naturaleza, pensaba con espanto y disgusto en sus estremecimientos de la víspera, y se desesperaba temiendo que esos estremecimientos la quemarían quizás de nuevo, si alguna vez se hallase frente á frente con Jacobo.

Magdalena, aplanada en un rincón del coche, viendo correr sobre el blanco camino los amarillentos reflejos de los faroles, procuraba aminorar la crudeza de sus pensamientos, y su espíritu divagaba haciendo preguntas á que

no quería responder. Estaba anonadada y dejaba para después el examen de su conciencia; entonces tomaría medidas enérgicas y lucharía. Ahora pensaba en todo esto porque no podía evitarlo; era un ensueño vago y brusco que mecían los rudos balanceos del carruaje. Magdalena tenía calor en las manos y en los pies y gustaba del calorillo de la manta de lana y de la blandura de los almohadones del cabriolé. Si el aire frío que la azotaba en los ojos y en los labios no la hubieran molestado, se hubiese quedado dormida. De vez en cuando, miraba el campo por encima de las orejas del caballo y sólo podía ver la tierra helada que se extendía como un cadáver bajo el blanco sudario de la luna. Aquella tristeza del horizonte le hacía soñar entonces en las dulzuras de una inmovilidad eterna.

Guillermo creía que su mujer dormía. Guiaba maquinalmente, escuchando el silencio de la noche, feliz por verse en aquel campo desierto y gozando del frío que iba á calmar su fiebre. Desde Veteuil no había dejado de pensar en la frase de Jacobo, «no debe uno casarse con su querida.» Esta frase se agitaba en su mente, sin saber por qué y se le imponía con singular tenacidad. La discutía y la daba vueltas con espanto, pero no decidiéndose á aceptarla como buena.

Nunca había tenido la estúpida idea de procurar la redención de una pecadora. Al casarse con Magdalena, no pensó en rehabilitarla, ni en rehacer su virginidad como dicen vulgarmente, con su respeto y su amor. Se casó sencillamente porque la amaba y no pensó en nada más. Era demasiado nervioso y obedecía á sus inclinaciones con demasiada alegría para detenerse en consideraciones ridículas de moralista. Su corazón le impulsaba, y su razón no le imponía una tarea que sus abandonos completos de la carne y del espíritu no le hubieran permitido realizar. Verdad es que lamentaba el pasado de Magdalena y deseaba que ella lo olvidase, pero por un pensamiento egoísta, por rebelión de su temperamento que le hacía intolerable la idea de no ser el único poseedor. Únicamente los jóvenes inocentes ó los viejos gastados, tienen á veces el proyecto de redimir un alma. Guillermo desconocía la vida, pero no soñaba con ningún cielo ideal y engañoso. No había creído nunca que Magdalena tuviera necesidad de ser salvada, y su único deseo era hacerse amar, con cariño absoluto y eterno. Si hubiera pensado alguna vez en una rehabilitación, no hubiera buscado más que el amor por estar convencido que el amor lava todas las manchas.

Por esto seguía sin comprender estas palabras «no debe uno casarse con su querida.» ¿Por qué? Al contrario, le parecía que era bueno adormecerse en los brazos de una mujer conocida y adorada. Sus pesadillas de la noche anterior, no habían bastado para hacerle cambiar de modo de pensar. Si había sufrido, había sido por crueldad del destino. Creía que Magdalena le amaba siempre, no se arrepentía de haberse casado con ella. Sólo un pensamiento tenía: ser cariñoso, más atento, más amante con ella para enjugar su llanto. No la juzgaba tan culpable como él se consideraba imprudente. La desgracia los había herido y debían unirse para consolarse con sus caricias. Su cariño les salvaría.

Poco á poco su espíritu doblegado por el dolor se abría á nuevas esperanzas. El dolor extremo producía una reacción que le hacía caer en brazos de Magdalena con deseos de ocultarse en ellos y pedirle un refugio donde curar sus heridas. Guillermo no hallaba á su lado á nadie más que aquella mujer única capaz con sus caricias de hacerle olvidar los pesares de su vida. Olvidando que ella era la causa de sus últimos tormentos, soñaba en encontrar supremos goces entre sus brazos, suficientemente poderosos para que le absorbieran por completo y le hicieran olvidar del mundo entero. ¿Qué necesitaban? Un rincón apartado, donde les fuera permitido dar rienda suelta á su cariño. Guillermo empezó á soñar en una existencia solitaria, tanto más agradable y apetecida, cuanto más agobiado se veía por el destino. Aumentaba su necesidad de vivir en paz, y sus deseos de no apartarse de Magdalena le iban haciendo cobarde. Si su mujer hubiese llegado á pegarle, él se hubiera arrodillado para suplicarla que enjugara sus lágrimas. Sufría, sin embargo, arranques de orgullo que lo abatían y le hacían pensar con terror en la soledad de su corazón; su temperamento delicado y nervioso, le condenaban á vivir aislado, con su deseo insaciable de serena nobleza y de amor absoluto.

Soñando en la nueva vida que llevarían en París, sentía Guillermo que el cuerpo de Magdalena le comunicaba un calor penetrante. Los pies de los esposos se habían entrelazado bajo la manta, y el suave contacto de la joven hacía más realizable el sueño de tranquilidad y amor que Guillermo acariciaba. El coche seguía rodando en la noche helada en medio de la grandiosa paz del frío.

Los viajeros se aproximaban á Nantes. Desde Veteuil no habían cambiado ni una frase; absorto cada uno en sus meditaciones y mirando á lo lejos el blanco reflejo de la luna sobre las tierras de cultivo. Al pasar por de-

lante de una casa levantada al borde del camino, un perro comenzó á ladrar con furia. Magdalena se sobrecogió.

—¿Dormías?—preguntó Guillermo.

—Sí—contestó la joven comprendiendo cuanto debían apesadumbrar á su marido aquellos largos silencios.—Ese animal me ha despertado... ¿Dónde estamos?

Guillermo le indicó con la mano los tejados que azulaban en el horizonte.

—Próximos á Nantes—dijo.

Fustigó al caballo. En aquel momento una mujer que estaba oculta detrás de un seto bajó al camino y echó á correr detrás del coche. Cuando alcanzó al carruaje, se asió á uno de los faroles y siguió corriendo. Pronunciaba palabras confusas que el ruido de las ruedas no dejaba oír.

—Será una mendiga—dijo Magdalena inclinándose para ver mejor el andrajoso traje de la muejr.

Guillermo la arrojó una moneda de cinco francos. La mendiga la cogió en el aire, pero no soltó el farol. Cuando se inclinó Magdalena, la mujer había lanzado un grito ahogado. Ahora la miraba con extraña fijeza.

—Retírese usted—gritó Guillermo que observó que su mujer temblaba bajo las miradas de la mendiga.

Cuando la mujer se retiró, por fin, del carruaje, Guillermo se apresuró á tranquilizar á Magdalena.

—No he tenido miedo—dijo Magdalena temblando todavía.—¿Pero por qué me miraba tan detenidamente? El pánico que ocultaba su rostro me impedía verla bien. Tenía aspecto de vieja, ¿verdad?

—Sí—respondió su marido.—He oído hablar de una muchacha del pueblo que se escapó á París de donde ha vuelto medio loca... Tal vez fuese ella.

—¿Qué edad aparentaba?

—No lo sé... ¿crees que nos conoce?... Probablemente insistía para que le diésemos otra moneda de cinco francos.

Magdalena guardó silencio. Experimentaba vago malestar pensando en las miradas de la pordiosera. Inclinó la cabeza fuera del coche y la vió corriendo tras de las ruedas. Sintió verdadero terror, pero no se atrevió á decir nada á su marido.

El coche entró en las calles de Nantes. Guillermo acariciaba un proyecto que se le había ocurrido súbitamente. Eran cerca de las once y pensaba que no llegarían á París antes del amanecer. Aquel largo viaje de noche empezaba á darle miedo; lo mejor sería pernoctar en una posada de Nantes. Esta idea le complacía en extremo, impulsado por el secreto deseo de poseer á Magdalena en

el fondo de cualquier retiro ignorado. La noche última cuando más abrumado estaba por sus recuerdos en la casita inmediata á la Noirande, ya había pensado en vivir en una habitación desconocida donde nada despertara el recuerdo del pasado. Aquel deseo que formuló su mente de nuevo al atravesar la desierta carretera, era fácil de realizar en aquel momento. Bastaba con llamar á la puerta de la primera posada que encontrara y allí estaría el retiro apetecido. La idea de dormir en Nantes aconsejada ante todo por la prudencia, era uno de sus más ardientes deseos.

—¿Quieres que nos detengamos aquí?—preguntó á Magdalena. —Debes estar fatigada. Mañana continuaremos el viaje.

La joven creía oír aún detrás del carruaje los pasos de la pordiosera. Aceptó, pues, vivamente el proyecto de Guillermo.

—Sí, sí—dijo,—dormiremos aquí, estoy muerta de sueño.

Guillermo procuró orientarse. Conocía una gran posada, donde estaba seguro de encontrar habitación. Esta posada, titulada del *Gran Ciervo*, había tenido su época de celebridad entre los carreteros, trajineros y viajeros de comercio. Era una verdadera población con cuadras, pajaros, patios y tres cuerpos de edificio de desigual altura. Atravesada por corredores interminables y cortada por gran número de escaleras que conducían á un sinnúmero de habitaciones, era en otro tiempo la posada más concurrida por ser la que mayores comodidades ofrecía; en la actualidad estaba siempre casi vacía. Su nuevo propietario había tratado de convertir la posada en hotel á la moderna; pero no había conseguido sino amueblar las habitaciones y los salones con notoria ridiculez. Veía que los antiguos clientes le abandonaban para hospedarse en casa de un rival que había hecho construir cerca de la estación, una especie de hotel amueblado y adornado con espejos y péndulos de zinc al estilo de París.

Guillermo gustaba por instinto de las casas modestas y solitarias. Se dirigió al *Gran Ciervo*. Al siguiente día había mercado, y la gente de la posada no se había acostado aún. Un mozo fué á abrir la puerta cochera que conducía al patio principal. Guillermo bajó del carruaje para entrar el caballo cogido de la brida. El mozo había ido á buscar una bujía y la llave de una habitación; los recién llegados manifestaron su deseo de acostarse inmediatamente.

Magdalena no se apeó hasta que el coche estuvo en el patio. Permaneció allí unos dos minutos. Molestada aún por las sacudidas del cabriolé, é impresionada por el en-

cuentro de la mendiga, miraba con inquietud á su alrededor. Le parecía reconocer aquella casa donde la llevaba su marido. Enfrente de la posada se elevaba un palomar de ladrillos rojos, que la joven creía haber visto en otra ocasión; también creyó reconocer una puerta cuadrada pintada de amarillo. Pero el temor y el cansancio no le permitían leer con claridad en sus recuerdos. Le hubiera sido imposible hacer un llamamiento enérgico á su memoria. Los muros negros, las masas sombrías de los edificios bañados por la luz de la luna, tomaban un aire particular de tristeza y concluía por creer que todo aquello lo veía por primera vez. La puerta de la cuadra y el palomar eran las únicas cosas que la extrañaban asustándola, porque siéndole ambos objetos conocidos, estaban allí donde ella no recordaba haber estado nunca. Pero esto no fué más que un relámpago, una rápida sensación de novedad que redobló su malestar y sus temores.

El mozo volvió corriendo. Guió á los viajeros por un dédalo de escalerillas, cuyos tramos desgastados por el uso se bamboleaban de un modo alarmante. El criado trataba de excusarse manifestando que si los señores hubiesen entrado por la parte de las cocinas, hubieran podido subir por la escalera principal. Magdalena miraba á todas partes; pero no recordaba nada de aquel laberinto de pisos y de corredores.

Por fin el mozo abrió una puerta. Creyó necesario dar todavía nuevas excusas.

—Este cuarto da al patio—dijo,—pero ya estaba preparado y como el señor parecía tener tanta prisa... De todos modos la cama es buena.

—Está bien—contestó Guillermo.—Enciende la chimenea; aquí nos helamos.

El mozo puso algunos troncos sobre los morillos de la chimenea. En un rincón había provisión de leña. Magdalena y Guillermo se paseaban de un lado á otro impacientes por quedarse solos. La joven se había quitado el sombrero y el abrigo del cuello. Cuando el mozo se irguió después de soplar ruidosamente el fuego, fijó su mirada algo sorprendida en el rostro de Magdalena, iluminado por la luz de la bujía. La joven que tenía los ojos clavados en las puntas de sus botinas puestas junto al fuego, no se percató de la extrañeza del mozo. Sonrióse éste discretamente y miró á Guillermo con aire burlón.

—Cuidame bien el caballo—le recomendó al mozo para despedirle.—Antes de acostarme bajaré á la cuadra para ver si le falta algo.

El cuarto donde iban á acostarse los esposos era una

vasta pieza cuadrada. El papel de las paredes parecía haber perdido el color hacía tiempo; era imposible adivinar el tono primitivo. En el techo se veía una grieta con los bordes húmedos y enmohecidos, y el yeso desnudo estaba cortado por una faja amarillenta. El suelo era de ladrillo de color rojo subido. El mobiliario se limitaba á una cómoda ventrada con tiradores de cobre, un gran armario, una cama demasiado manguada para dos personas, una mesa redonda y dos sillas. La cama y las ventanas tenían colgaduras de algodón con guirnaldas de flores blancas. Sobre el mármol de la cómoda había un reloj de vidrio, una de esas maravillas pueriles que los aldeanos se transmiten cuidadosamente de padres á hijos; el reloj representaba un castillo con gran número de ventanas, galerías y balcones; por las ventanas se veían en el interior gabinetes y salones con muñecas acostadas en los sofás. Pero todo el lujo se había reservado para adornar la chimenea donde se veían ramos de flores artificiales muy bien puestos bajo fanales; una docena de tazas de té, de juegos diferentes, colocadas en orden perfecto. Entre los ramos había un armazón singular, una especie de monumento hecho con cajas en cuyas tapas había pastores y pastorcillas pintadas de color de rosa; habría unas doce cajas entre grandes y pequeñas, y estaban diestramente colocadas para formar un túmulo de extrabóptica arquitectura. Las artes estaban representadas en la habitación por una colección de estampas que figuraban escenas de la vida de Píramo y de Tisbe. Debajo de las figuras había una extensa leyenda y se necesitaba más de una hora para leer toda la historia.

Esta habitación que el posadero había creído que era cómoda y lujosa porque había puesto una alfombra ordinaria debajo de la mesa, exhalaba ese olor indefinible que tienen todos los cuartos de las fondas y de las posadas. Se oía á cuarto cerrado y enmohecido, á sábanas viejas, á ropas usadas y á polvo húmedo. Grande, destartada y glacial, se asemejaba á una sala común donde va todo el mundo sin que deje nadie calor de su cuerpo y huella de sus costumbres; tenía la banalidad vacía y la estúpida desnudez de un dormitorio de cuartel. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, habían pernocado en aquel cuarto dejándolo al marcharse frío como una banqueta de recibidor. Su vulgaridad, su sombra y su silencio estaban repletas de una especie de tristeza vergonzosa, de esa tristeza descorazonada que tienen las alcobas de las jóvenes miserables por donde pasan los besos de todo un barrio. Rebuscando se hubiera encon-

trado en el fondo de una taza de la chimenea, una barra de cosmético olvidada por un viajante de comercio presumido, y detrás en otra taza, alguna horquilla que había sujetado el moño de una mujer del barrio Latino, perdida en Nantes.

Guillermo soñaba con una soledad más agradable y un retiro más digno. Le disgustó la vista de aquel cuarto; pero no podía escoger y además aquello era lo que había deseado: una habitación desconocida, un rincón donde no pudiera ir nadie á incomodarle turbando su paz. Se tranquilizó poco á poco y acabó por sonreír pensando que habían dejado la Noirande para ir á descansar en aquel agujuzami. Guillermo se había sentado ante el fuego y asió por la cintura á Magdalena, obligándola á sentarse en sus rodillas.

—¿Estás cansada, mi pobre Magdalena?—la dijo con voz acariciadora.

—No—respondió la joven,—he sentido frío al subir aquí... Voy á calentarme los pies antes de acostarme.

Magdalena se estremecía. A su pesar seguía pensando en la pordiosera que había seguido al carruaje.

—¿Sientes que te haya traído á esta habitación?—preguntó nuevamente Guillermo.—Dormiremos mal seguramente, pero nos pondremos en camino en cuanto amanezca... Yo me encuentro bien en esta habitación... ¿No te hace feliz la calma y el silencio que nos rodean?

Magdalena no respondió á esta pregunta; pero murmuró:

—Esa mujer del camino me ha espantado... ¡Me miraba de extraña manera!...

—¡Que niña eres!—replicó su marido.—Tenías miedo de Renoveva y ahora es una mendiga quien te asusta. Generalmente no eres miedosa... Esa mujer estará durmiendo en el fondo de alguna covacha.

—Te equivocas, Guillermo. Nos ha seguido y me parece haberla visto entrar con nosotros en la posada.

—Aunque así sea, habrá venido á pedir que la dejen acostarse en la cuadra. Vamos, cálmate, Magdalena; ahora estamos solos, alejados del mundo y uno en brazos del otro.

Guillermo había rodeado con sus brazos el talle de Magdalena, á quien estrechaba contra su pecho. Ella seguía triste y como inerte mirando distraídamente á los troncos que se consumían en la chimenea y sin responder á las miradas cariñosas de su marido. Las llamas iluminaban á los jóvenes con resplandores rojizos. La bujía puesta en

un rincón de la cómoda no despedía en la húmeda alcoba más que una luz mortecina.

—¡Qué tranquilo es todo aquí!—dijo dulcemente Guillermo,—no se oye ruido alguno. Parece que estamos encerrados en un convento solitario donde las religiosas pasaban la vida sin oír más ruido que el de la campana. Esta casa tranquila, casi muerta, debe calmar las fiebres del corazón. ¿No estás más sosegada desde que respiras el aire helado de esta habitación?

Magdalena seguía pensando en el palomar de rojos ladrillos y en la puerta cuadrada y amarilla de la cuadra.

—Me parece—murmuró quedamente,—que he visto en otra ocasión un patio semejante al de esta posada. No sé... pero si es así, debe de hacer mucho tiempo...

Se detuvo, algo nerviosa como si temiera resucitar sus recuerdos. Su marido se sonrió ligeramente.

—Duermes y sueñas, Magdalena. Esto es lo desconocido. Desde ayer mi único deseo es verme desterrado en un sitio como éste. La habitación es triste, pero para nosotros tiene un gran encanto: no nos puede hablar más que del presente. Me alegro de haber tenido la idea de detenerme aquí. Mañana recuperaremos nuestra dicha... Ten confianza, Magdalena.

Magdalena movió la cabeza, y sin quitar los ojos de las llamas exclamó balbuceando:

—No sé que tengo; me ahogo... estoy algo mareada... tengo miedo y creo que estoy amenazada de algún peligro.

Guillermo estrechó con más ternura el talle de su mujer á la que miraba con inefable dulzura.

—¿Qué temes?—le preguntó.—¿No estás en mis brazos? Nadie puede venir á molestartos. Mi mayor alegría es pensar que no existe un solo ser sobre la tierra que pueda adivinar que estamos en este cuarto. Ser ignorado de todos, vivir así en el fondo de un oculto retiro, decirse que ninguna humana criatura, amiga ni enemiga puede venir á llamar á nuestra puerta, ¿no es esta la suprema paz de la que tenemos necesidad? Hace mucho tiempo que tengo el ardiente deseo de vivir en el desierto y muchas veces he buscado en el campo un rincón donde refugiarme. Cuando no veía aldeanas ni granjas, cuando me encontraba solo bajo el cielo, convencido de que no era visto por nadie, me sentía triste, mortalmente triste, pero con una tristeza que me hacía gozar, que me retenía en aquel sitio horas enteras. Y ahora estoy solo aquí contigo, Magdalena mía, como en otro tiempo estaba solo en medio del campo... Recobra tu sonrisa, tu hermosa sonrisa...

Magdalena movió otra vez la cabeza, pasándose la mano

por su frente como para ahuyentar las vagas inquietudes que la tenían fría y abatida. Guillermo prosiguió:

—El mundo me ha inspirado siempre rabia y espanto. No puede hacer otra cosa que herirnos. Al salir de Veteuil me proponía ir á borrar nuestros pesares en el barullo de París; pero la calma de esta soledad es más saludable... Aquí no hay más que dos seres que se aman. Ya ves, te tengo en mis brazos y bien puedo olvidarlo todo y perdonarlo todo. Nadie hay aquí cuyas miradas burlonas me impidan estrecharte contra mi pecho, nadie que critique el abandono que te hago de todo mi ser. Quiero que nos adoremos más noble y más altamente, que estemos encima de los amores vulgares y convencionales de las gentes; con una ternura absoluta que no nos haga tener las verduguezas y miserias de la sociedad. ¿Qué nos importa el pasado y por qué preocuparnos de las heridas del presente? Basta que nos amemos, que vivamos uno junto al otro absortos en nosotros mismos, sin ver nunca lo que pasa á los demás. Mientras exista un rincón donde podamos ocultarnos, nos será permitido buscar y hallar la felicidad. Hagamos cuenta de que no conocemos á nadie; que somos sobre la tierra, sin familia, sin hijos y sin amigos, absorbidos en el pensamiento de nuestra única y solitaria pasión. No existe para nosotros nadie más en el mundo Magdalena, y yo me entrego á ti... soy dichoso de ser débil, de decirte que te amo aún... ¡has amargado mi existencia, pero te amo, Magdalena!

Al hablar se iba animando. Su voz queda y ardiente seguía los fervores de plegaria; arrastrábase con súbitas humillaciones, y después vibraba con acentos dulcísimos y penetrantes. Estaba en uno de estos momentos de reacción en que el corazón se abre después de haber permanecido mucho tiempo cerrado. Como él confesaba, placíale la soledad porque le permitía ser débil á su gusto. Si, Magdalena, le hubiera devuelto entonces su mirada de adoración, acaso Guillermo, hubiese llevado su cobardía hasta arrodillarse ante ella. Gustaba un extraño goce, después de sus angustias de la víspera, abandonándose en los brazos de su mujer, lejos de todas las miradas. Aquella ilusión que se hacía Guillermo de absorberse para siempre en ella, aquella idea de una existencia de pasión y de sueño, era el punto eterno de sus delicadezas nerviosas, heridas á cada instante por lo rudo de la vida.

Lentamente Magdalena se iba reanimando gracias á las manifestaciones cariñosas de Guillermo. Sus ojos grises resplandecieron y en sus labios brotó el carmín, pero todavía no lograba sonreír, sin embargo, sentía una gran dulzura

y un consuelo intenso por verse amada de una manera tan absoluta. Cesó de contemplar el fuego y volvió la cabeza del lado de su marido.

Cuando Guillermo se encontró con los ojos de Magdalena, prosiguió con mayor ternura.

—Si quisieras—dijo Guillermo,—iríamos por esos caminos viajando durante el día y durmiendo por la noche, donde el azar nos deparara, volviendo á partir al otro día para lo desconocido. Saldríamos de Francia y á cortas jornadas llegaríamos al país del sol y del aire puro. Y en ese cambio continuo de horizontes, nos encontraríamos más solos y más unidos. Nadie nos conocería, nadie tendría el derecho de dirigirnos la palabra. No dormiríamos más que una noche en las posadas que halláramos sobre el camino; nuestros amores no dejarían huellas y no tardaríamos en aislarlos del mundo entero, para no pensar más que en nosotros mismos. Sueño en el destierro, Magdalena; en un destierro donde me sea dable vivir en tus brazos. No quiero llevarme más que á ti, sentirme azotado por el viento, y hacerme una almohada de tu pecho, donde la tempestad me ha arrojado. Nada más existirá para mí que tu seno blanquísimo en el cual escucharé latir tu corazón. Después si nos perdiéramos en el fondo de un pueblo cuyo idioma nos fuera desconocido, no entenderíamos más conversaciones que las nuestras y podríamos mirar á los que pasaran por nuestro lado como animales sordos y mudos; entonces estaríamos realmente aislados y atravesaríamos la multitud sin cuidarnos de ella y con el paso indiferente que atravesábamos en otro tiempo los rebaños de carneros que pastaban en nuestros campos. De esta manera caminaríamos siempre... ¿Quieres, Magdalena?

Pero á poco se había ido dibujando una sonrisa en los labios de Magdalena. Más tranquila ya, se apoyaba en los hombros de Guillermo á quien miraba con ternura al propio tiempo que le estrechaba el cuello con sus brazos.

—¡Que niño eres!—murmuró la joven.—Sueñas despierto y me hablas de un viaje del que nos cansaríamos á los ocho días... ¿Por qué no mandamos construir desde luego una casa ambulante parecida á la de los bohemios?

Magdalena al decir esto se sonreía burlona y tiernamente. Guillermo se hubiera enojado si esa sonrisa no hubiera ido acompañada de un beso.

—Es cierto—dijo moviendo con dulzura la cabeza,—soy un niño, pero los niños saben amar Magdalena mía. Comprendo que para ser felices necesitamos vivir en la soledad. Hablas de los bohemios; esos son dichosos porque viven al aire libre y algunas veces me han dado envidia cuando

era colegial. En los días de salida, me encontraba muchas veces con algunos grupos de bohemios acampados en las afueras de la población. Me gustaba correr sobre los maderos tendidos en el suelo viendo de paso como preparaban sus comidas. Los chicos rodaban por el suelo, los hombres y las mujeres tenían aspecto raro, y en el interior de los carros que les servían de casa, he visto un mundo de objetos extraños. Cuando aún sentía en el cuerpo el dolor de los golpes de mis compañeros, solía pensar en marcharme muy lejos en una de aquellas casuchas ambulantes. Con frecuencia pensé: si en esta semana me pegan, el domingo voy á ver á los bohemios y les ruego que me lleven á cualquier país donde no me pegue nadie. Mi imaginación de niño se complacía en soñar con ese eterno viaje al aire libre; pero nunca tuve valor para hacer lo que pensaba... ¡No te burles, Magdalena!...

La joven sonreía alentando con su mirada á Guillermo para que continuase sus confidencias. Estas puerilidades la consolaban haciéndola olvidar el drama que torturaba á entrambos.

—Has de saber—añadió Guillermo alegremente,—que yo era un muchacho semisalvaje. Los golpes me habían hecho taciturno é insociable. Por la noche en el dormitorio, como me era imposible dormir, veía con los ojos cerrados paisajes y soledades que tomaban relieve en mi cerebro, y que yo acomodaba á mi carácter huraño y dulce á la vez. Generalmente veía abismos y peñascos en cuyo fondo bramaban los torrentes; las colinas se elevaban rectas y grisáceas hacia un cielo azul en que revoloteaban las águilas, y entre pedruscos enormes, al borde del abismo colocaban una piedra blanca en la que me veía á mí mismo con los ojos de la imaginación, sentado y al parecer muerto en medio de la desolación y de la desnudez del horizonte. Otras veces eran más agradables mis sueños. Me imaginaba una isla del tamaño de una mano en el centro de un caudaloso río, cuyas orillas se me antojaban dos franjas verduzcas oscurecidas por la niebla. Yo estaba allí, arrullado continuamente por el río y refrescado por las vivificadoras ráfagas de viento. Cuando al abrir los ojos volvía á encontrarme en un dormitorio sombrío iluminado por el resplandor mortecino de una lámpara, mi corazón se enternecía de angustia, escuchaba la respiración de mis compañeros temeroso que se levantaran para golpearme en castigo de haberme olvidado de ellos en mis alegres ensueños.

Guillermo se detuvo para devolver á Magdalena los besos que ella le daba en la frente. La joven estaba conmovida por el relato que su esposo le había hecho de los sufri-



mientos de su juventud. En aquellos momentos de expansión, Magdalena descubría las delicadezas de aquel temperamento nervioso y se juraba amar á Guillermo como él se merecía y con la absoluta ternura que ambicionaba.

—Más adelante—prosiguió Guillermo,—cuando me dominaba el deseo de huir con los bohemios, no me guiaba otra idea que la de encontrar recorriendo tierras, los hermosos paisajes que en sueños había visto. Creía firmemente que los hallaría y que serían tal como los había creado. Un ángel bueno me los debía haber revelado y mi pena hubiera sido inmensa si alguien me hubiera probado que no existían más que en el fondo de mi cerebro. Aquellos paisajes me llamaban porque fuera á descansar en ellos y me prometían una vida de paz eternal.

Detúvose nuevamente, dudando si debía proseguir. Después con sonrisa tímida y el aire turbado de un hombre maduro que confiesa una chiquillada, murmuró:

—¿Quieres que te lo diga, Magdalena? Pues sigo creyendo que esos horizontes con los que tanto he soñado en mi infancia, existen todavía en el mundo. En los días en que me martirizaban mis compañeros, yo miraba los muros del colegio con la desesperación del prisionero encerrado en una sala de tortura. Por la noche iba en sueños á través de los campos y respirando afanoso el aire libre experimentaba extraordinaria alegría, porque no veía sobre mi cabeza levantados los brutales puños de mis condiscípulos. En verdad arrastraba dos existencias conmovedoras. Mis sueños no pueden haberme engañado; si buscáramos hallaríamos en alguna parte del mundo mi abismo de rocas y mi isla solitaria en el centro de un caudaloso río. Por eso Magdalena, quiero caminar al azar seguro de hallar algún día mis soñadas soledades. ¡Si supieras qué dulces y tranquilos se me presentaban en sueños estos retiros! Allí viviríamos apartados para siempre del mundo. ¿Quieres que vayamos en busca de esos rincones? Los reconoceré y podré decirte: aquí es donde podemos amarnos... No te ríes, Magdalena, los he visto.

La joven ya no reía. Sus labios temblaban de emoción y á sus ojos se asomaban algunas lágrimas. Las palabras de Guillermo semejantes á un canto melancólico le hacían llorar. ¡Cuán to la amaba y que profunda é inefable ternura encerraba en su alma! A su pesar la pena de no poder entregarse por entero á él sin pensar en lo pasado, aumentaba su enternecimiento, pero Magdalena sólo sentía ahora en su ser la blanda caricia de las palabras de su marido cayendo sobre su corazón. De vez en cuando besaba á Guillermo en el rostro mientras hablaba, se inclinaba

sobre su pecho, estrechando á la par su cuello. La leña encendida con sus grandes llamas amarillentas les iluminaba con pálidos reflejos, y detrás de ellos la vasta habitación desconocida dormía en la oscuridad.

—Niño, niño—repetía Magdalena.—No podemos realizar tu sueño, pero sabremos amarnos eternamente.

—¿Por qué no huimos?—insistió Guillermo.

Magdalena sonrió nuevamente.

—Porque no podemos ir á habitar en esos castillos fantásticos, mi querido poeta—respondió Magdalena.—La dicha debe estar en nosotros mismos, y por tanto, es inútil que erremos al azar para encontrarla. Veo que te has olvidado de todo, y siento que también me olvido yo. Todavía nos quedan muchas horas para vivir unidos.

Y al ver que su marido se entristecía, Magdalena añadió alegremente:

—Ahora seremos felices en todas partes... Desafío á la desgracia. No sé por qué me había asustado en la carretera... Estaba medio dormida y el frío se había apoderado de mí. Además, esta posada me ha producido extraña sensación de repugnancia... Pero desde que estamos aquí calentitos y conversando veo que tienes razón: se está bien aquí en este absoluto silencio que nos rodea. Tus palabras han calmado mi angustia... Tengo esperanza.

Guillermo se consoló oyendo hablar á su mujer de aquella manera.

—Sí, Magdalena, ten confianza—exclamó.—¿Ves como estamos unidos íntimamente? Nada podría separarnos.

—Nada—repitió la joven,—si seguimos amándonos como ahora. Podemos regresar á Veteuil ó ir á París; en todas partes nos encontraremos con nuestro amor... Amame siempre como me amas y yo te amaré, te lo juro... Soy tuya completamente tuya, ¿lo sabes?

Se abrazaron estrechamente. Durante algunos minutos cambiaron mudos y ardientes besos. En el reloj dieron las doce.

—¡Ya son las doce!—dijo Magdalena.—Es preciso que nos acostemos si hemos de continuar el viaje por la mañana.

Levantóse la joven de las rodillas de Guillermo, quien se puso también en pie, diciendo:

—Voy á bajar un momento á la cuadra: quiero ver si me cuidan bien el caballo... ¿No tendrás miedo aunque te quedes sola en la habitación?

—¡Miedo! ¿y de qué?—exclamó riendo Magdalena.—Ya sabes que no soy cobarde... Cuando vuelvas me encontrarás acostada. Ven pronto.

Se dieron otro beso. Guillermo bajó dejando la llave del cuarto puesta en la cerradura.

Cuando Magdalena estuvo sola, quedó un momento aborta contemplando el fuego con la vaga sonrisa que las palabras de su marido había puesto en sus labios. Como había dicho estaba tranquila y había visto renacer sus esperanzas. Hasta entonces no se había fijado en los detalles de la habitación; al entrar se había dirigido á la chimenea para calentarse los pies, y allí había estado sentada en las rodillas de su marido. Cuando salió de su inmovilidad, quiso ver antes de acostarse algunos objetos que el criado había subido y miró á su alrededor.

Toda su angustia se recrudeció sin que al principio acertara á comprender la causa de su terror. Estaba dominada por la misma sensación de repugnancia que había sentido en el patio de la posada. Le parecía reconocer la alcoba, pero la bujía alumbraba tan débilmente las paredes, que no distinguía con claridad ningún objeto. Se creyó loca y se llamó miedosa, pensando que se asustaba sin causa alguna. Tomó los objetos que había subido el criado para ponerlos en un rincón, y notó la falta de un saco de noche. Lo buscó por todas partes, y por fin dió con él en el mármol de la cómoda, donde el mozo lo había puesto. Ocultaba por completo el reloj de vidrio. Cuando Magdalena tomó el saco dejando el reloj al descubierto, palideció horriblemente. No se había engañado, conocía la posada y conocía la habitación que se les había dado. En otro tiempo se había acostado allí con Jacobo. El estudiante era aficionadísimo á la mar y muchas veces había ido embarcado á Ruen con varios amigos que se hacían acompañar por sus queridas. Magdalena había tomado parte en una de estas excursiones. Al llegar á Nantes se había encontrado indispueta, y todos los expedicionarios pernoctaron en la posada del *Gran Ciervo*.

Inmóvil y anonadada se quedó Magdalena contemplando el reloj. Aquel objeto le confirmaba sus sospechas y no dejaba lugar á dudas. Tales juguetes son raros y por otra parte reconoció el castillo, las galerías y las ventanas por las cuales se veían las diminutas habitaciones interiores. Se acordaba de haberse reído con Jacobo mirando las muñequitas que habitaban aquel capricho. Habían quitado el fanal acabando por cambiar de sitio á las muñecas. Le parecía que todo aquello había sucedido el día anterior, y que volvía á ver el reloj después de una ausencia de algunas horas. La bujía colocada junto á aquella frágil cristalería, iluminaba con los destellos de su luz las di-

minutas columnas, las estrechas salas de transparentes muros, poniendo un puntito de luz en cada arista del cristal, y cambiando en agujas de fuego los tramos de los balcones. Hubiérase dicho que era un palacio de hadas, un palacio al que millones de lámparas imperceptibles iluminaban con destellos verdes y amarillos. Magdalena miraba aquel centelleo de estrellas con aire aterrorizado, como si aquel juguete fragilísimo encerrase un arma terrible y amenazadora.

Retrocedió y tomando la bujía dió la vuelta á la habitación. A cada paso que daba, encontraba un nuevo recuerdo. Reconoció una á una las estampas de color que representaban la historia de Priamo y Tisbe. Las manchas del papel y cada mueble le suscitaban un recuerdo. Cuando se acercó al lecho, le pareció que las sábanas no habían sido cambiadas y que se iba á acostar con Guillermo en la ropa aun tibia por el cuerpo de Jacobo. Este pensamiento completó su pesar. Había recorrido toda la alcoba paso á paso con los ojos desmesuradamente abiertos y los labios apretados, examinando todos los objetos minuciosamente como si tuviera gran interés en que no se le escapase ningún detalle. Pero cuando tocó las cortinas de la cama sintió que las piernas le flaqueaban y tuvo que sentarse para no caer. Luego su pensamiento se fijó en aquel lecho estrecho y combado como la lápida blanca de una tumba, y se dijo resueltamente que no se acostaría allí con Guillermo.

Se cogió la frente con ambas manos temerosa de que su cerebro estallara. Rabia sorda le dominaba. La tenacidad cruel con que los recuerdos la perseguían, la ponían fuera de sí. ¿No iba á poder dormir ni una sola noche tranquila? ¿No le era dable olvidar? Jacobo la perseguía hasta en lo desconocido, hasta en aquella alcoba de posada donde el azar la había llevado. Y ella había cometido la tontería de creer que allí desaparecerían sus tormentos. Hubiese debido hacer caso de su espanto anterior que le advertía ya del golpe que sufría ahora. Esta vez se volvería loca. ¿Qué iba á decir á su esposo, á aquel hombre cuyas cariñosas palabras la habían mecido en un sueño engañador algunos instantes? ¿Tendría valor para decirle «mira te has engañado, esta alcoba está maldita, yo he dormido en ella con mi primer amante? ¿O bien se callaría conformándose con prostituirse entre los brazos de Guillermo sin dejar de pensar en Jacobo? En su ansiedad miraba á la puerta y prestaba atención á los ruidos indeterminados de la casa, esperando oír los pasos de su marido y